



Sin título (2010).
Óleo sobre lienzo
(180 x 135 cm).

ANIA TOLEDO

Un paisaje para la fuga

SU OBRA ES UNA PRUEBA DEL IMPACTO, DE LA VIGENCIA ARTÍSTICA Y CULTURAL QUE AÚN POSEE EL PAISAJE BUCÓLICO, TRADICIONAL; UN TESTIMONIO FEHACIENTE DE SU REACTUALIZACIÓN METODOLÓGICA Y ESTÉTICA FRENTE A LOS DETRACTORES DEL GÉNERO.

por **DAVID MATEO**

A principios de los años 90 el paisaje volvió a recabar la atención de la pintura cubana. En una primera etapa esa deferencia estuvo matizada por un impulso recontextualizador, por un intento de renovación de las paradojas representativas. Luego, con la flexibilidad de algunos presupuestos técnicos y estéticos, y como resultado de las exigencias del coleccionismo privado y estatal —en Cuba y el extranjero—, el paisaje comenzó a superar su estatus complementario y a reestablecerse como una práctica autónoma, como un espacio suficiente en sí mismo para la implementación de determinadas alegorías y estados emotivos.

Sin embargo, no todo lo que ha ido surgiendo y legitimándose es auténtico, meritorio. A lo largo y ancho del país han ido apareciendo obras y paisajistas miméticos, suspicaces artesanos de la estampa, reproductores de las fórmulas de éxito de nuestro paisajista mayor: Tomás Sánchez. Muy pocos han logrado concebir un paisaje con mirada propia, con estilo personalizado, y con alguna que otra inquietante motivación en sus composiciones.

La espirituana Ania Toledo es una de esas excepciones, a la que añadiría los nombres de otros seis o siete pintores cubanos, no más. Su obra es una prueba del impacto, de la vigencia artística y cultural que aún posee el paisaje bucólico, tradicional; un testimonio fehaciente de su reactualización metodológica y estética frente a los detractores del género.

El ser mujer es ya una condición diferenciadora dentro de ese ejercicio, pues en Cuba siempre escasearon —y escasean— las pintoras paisajistas. Aunque su logro esencial es haber arribado a un paisaje distinto, singular, que no le debe ni se parece al de nadie. Sus composiciones constituyen un derroche de dominio técnico, de racionalidad estructural. Ningún detalle dentro de sus cuadros parece forzado o carente de sentido, todo está meticulosamente puesto, delineado, en aras de la ilusión y el goce sensorial. No hay quien pueda decir —como es común por estos días—: «A esta pintora se le dan mejor los cielos, los caminos terrosos, las aguas», porque cada elemento simulado parece animarse en su condición física o espacial, y se integra de manera orgánica a la totalidad del ambiente.

Ania recrea con agudeza la luminosidad y las gradaciones tonales que se producen a partir de ciertas horas del día o estados del tiempo. Posee una habilidad especial para llevar a cabo la combinación de los colores ocres y verdes, que le imprime a sus paisajes una atmósfera *sui generis*. Se aparta por completo de ese tipo de paisaje de pinceladas sugeridas, insinuadas; perfila con destreza la vegetación; traza con minuciosidad las estructuras de las ramas, de los troncos; reproduce con increíble verismo las pencas de las palmas, las enredaderas, las hojas, y lo hace casi a la usanza de los antiguos exploradores y maestros botánicos. Hay una serie de estudios florales que la

«Ania recrea con agudeza la luminosidad y las gradaciones tonales que se producen a partir de ciertas horas del día o estados del tiempo. Posee una habilidad especial para llevar a cabo la combinación de los colores ocre y verdes, que le imprime a sus paisajes una atmósfera sui generis».

artista ha ido desarrollando a discreción en su atelier, utilizando los pequeños y medianos formatos, que constituyen el indicio más contundente de esa capacidad para captar las particularidades de la naturaleza, para llevar a la práctica esa noción de la parte por el todo, que caracteriza su obra paisajística.

Una dimensión ecológica cobra sentido también a través de sus imágenes. Ellas nos sugieren un estado virginal en el que casi no aparecen vestigios humanos; remiten a una condición evocativa, a una nostalgia por el monte o la selva preteri-



da; comentan acerca de un idilio perdido y quizás irrecuperable. Sus cuadros parecen consignarnos a los paisajes realizados en América en el siglo XVIII y XIX; exaltan la suntuosidad de la vegetación, la sombra como presencia permanente, la sensación de humedad, de bruma. Tal parece como si su sensibilidad hubiese quedado atrapada en aquellos ambientes remotos, y ahora sólo estuviera dispuesta a buscar en el presente los signos que favorezcan una conexión con ellos; signos que descubre a través de sus incursiones reiteradas por la naturaleza de Cuba y Costa Rica.



Los paisajes de Ania Toledo no se fundamentan en el uso simulativo de la tradición, no se adscriben a la idea de un cuestionamiento de lo paradigmático o simbólico, sino que se muestran como pretextos de una huida intimista, sigilosa, que se hace suficiente, además, con la complicidad del ojo ajeno.

Siempre he percibido un alto poder inductivo en esas agrestes veredas que se pierden en el follaje, en esos ríos angostos y ondulantes que penetran en el monte, en esa caída crepitante de la cascada, en la laguna que se divisa tras haber remontado la espesura, y en el deseo de la artista por pintarse dentro de sus cuadros, de cara a la escena y de espaldas al espectador, como si fuera a echarse a andar.

Todo parece conminarnos a un estado de fuga, de evasión en la obra de Ania, impulsarnos hacia una profundidad hechizada, enigmática. Ahora mismo, por ejemplo, imagino a un espectador cualquiera de la Isla, abatido por el peso de las vicisitudes y tensiones cotidianas, parado frente a uno de esos magníficos paisajes de la Toledo; su figura absorta, en éxtasis frente al vasto panorama, y su espíritu intentando escabullirse lentamente hacia el horizonte... Es en esa inocente sutileza, en ese delicado solapamiento de lo perceptivo, donde el paisaje de la artista se hace eficaz y alcanza su máximo poder de sugestión.

DAVID MATEO, crítico de arte y curador. Editor de *Arte por Excelencias*, revista de artes plásticas de las Américas y el Caribe.

Sin título (2010). Óleo sobre lienzo (88 x 129 cm).

Ser del paisaje

NUNCA PENSÓ EN SER EXCEPCIÓN; POR EL CONTRARIO, SIEMPRE TUVO LA ESPERANZA DE ENCONTRAR ALGUNA MUJER INTERESADA EN EL TEMA DEL PAISAJE.

por **MARÍA GRANT**

¿*Cuándo descubrió que su vida se consagraría al arte?*

Más que un momento específico, fue un proceso, una evolución... Yo dibujaba desde niña, pues por alguna razón mi padre me ponía largas tareas de memoria visual. Siempre fui muy inquieta y soñadora, y ellos notaron que la práctica del dibujo era lo único que me tranquilizaba. Muy pronto me di cuenta que tenía alguna facilidad, pues siempre lo hacía por inspiración. Este deseo fue creciendo hasta convertirse en una disciplina, y muy joven me vinculé al taller de pintura de mi pueblo, donde fui iniciada en el paisaje por una gran artista: Aurora Wrbe, de quien aprendí a dibujar del natural. En esa época nos íbamos juntas a lugares intrincados para estudiar con aguadas la luz y el color.

Poco a poco fui incorporándome al medio artístico, visitando galerías y exposiciones, compartiendo con pintores. Comencé a asistir a eventos de la comunidad, a realizar exposiciones colectivas y a participar en los salones municipales y, más tarde, en los provinciales Fernández Morera, de Sancti Spíritus. Hasta que me incorporé en un curso para instructores de arte en Ciego de Ávila. Allí, por un período de tres años y medio, estudié profundamente todas las materias impartidas, pero mi gran deseo era el paisaje, y mi trabajo final de curso lo realicé sobre la enseñanza de los niños observando la naturaleza. Fui graduada con honores y reconocimientos importantes.

Luego pasé a impartir clases en la Casa de Cultura de aquella localidad, donde ejercí como maestra por siete años. El llevar las dos cosas a la vez era muy difícil y tuve que decidir entre dar clases o dedicarle un tiempo a mi propio desempeño como artista. Así, desde 1997 me dediqué por entero a participar en todos los salones de la provincia y en algunas exposiciones en La Habana, hasta que fui invitada a realizar una personal en España.

La concepción romántica del paisaje en Cuba tiene a Esteban Chartrand como máximo exponente en

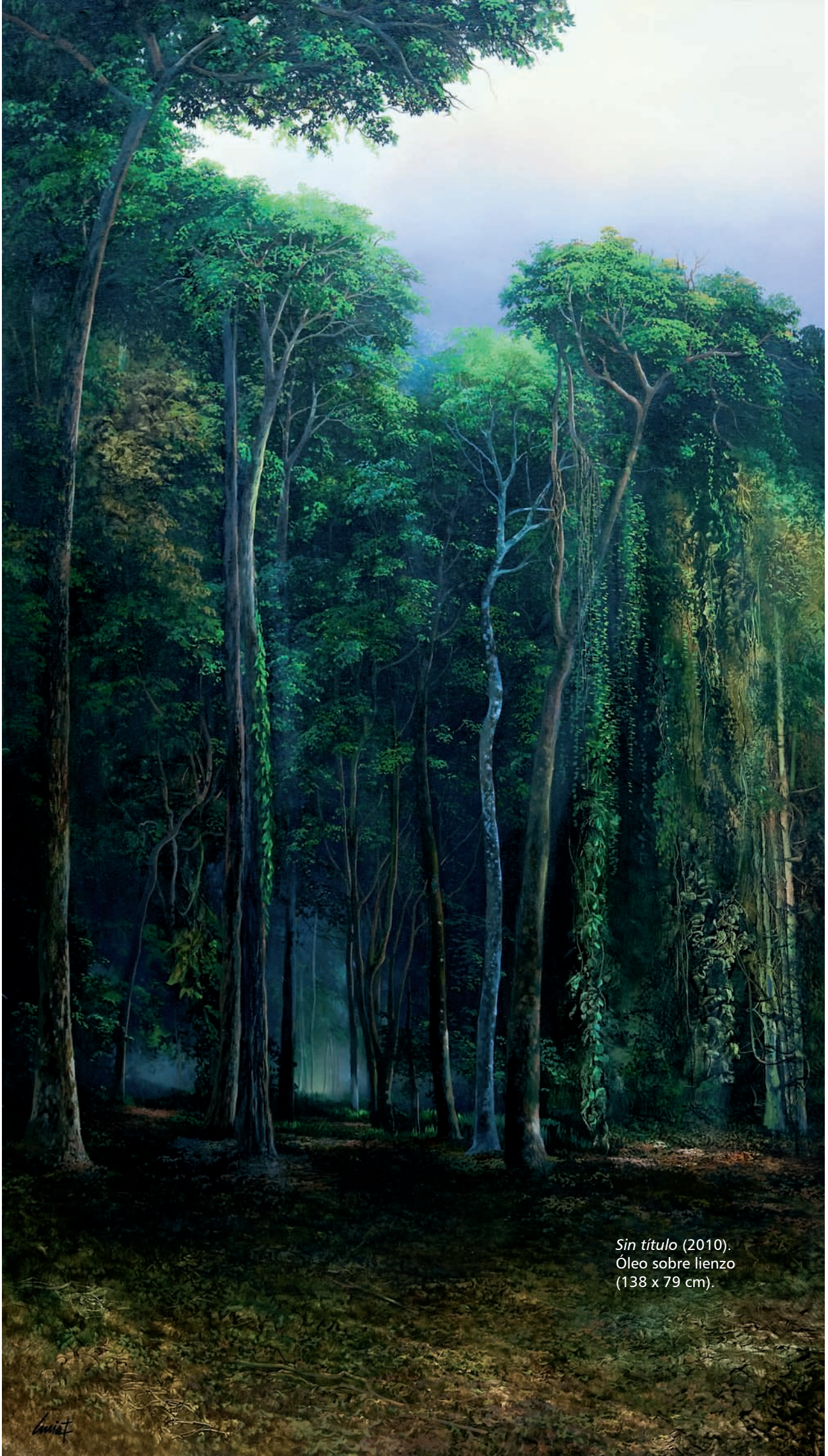
el siglo XIX. ¿Hasta dónde se siente deudora de esta tradición pictórica que, a partir de los inicios de la década de los años 90 del pasado siglo XX, comenzó a retomarse en el país?

Esteban Chartrand todavía me impresiona. También Valentín Sanz Carta, Armando Menocal y tantos otros buenos pintores paisajistas que han existido en nuestro país. Todos hemos bebido de esos grandes maestros. Sucede que en los años 80 y 90, en Cuba ya se estaba formando un gran movimiento paisajista, aunque yo estaba lejos de pertenecer a esos grupos, los cuales estaban ubicados principalmente en Pinar del Río y La Habana. Luego del premio Miró de pintura que en 1980 obtuvo [Tomás Sánchez] con un dibujo de la orilla, se empezó a oír más sobre su pintura con un nuevo concepto, y todos los que estábamos ocupados en el tema del paisaje nos dimos cuenta que otras formas de expresión eran posibles.

Por esas sorpresas que da la vida, a mediados de los 90, conocí a Tomás, pues él me visitó cuando aún yo vivía en Cabaiguán. Fue un momento inolvidable. Así, desde muy temprano en mi carrera, tuve la suerte de tener la crítica personal del maestro en el momento de su gran éxito. Su ayuda fue muy importante para seguir buscando dentro de mí, y no ser parte de los que, como bien dice él, copian la cáscara y no profundizan en la verdadera esencia de un artista: trabajar y buscar dentro de sí para lograr autenticidad. Nada es posible si no se es receptivo a la crítica y al reconocimiento de los que te han ayudado. Por supuesto, me siento deudora de la tradición pictórica de los maestros cubanos.

También he tenido oportunidad de conocer la pintura europea, las escuelas italiana y holandesa, a los paisajistas del río Hudson y a otros importantes pintores y movimientos internacionales.

El estudio de los maestros me ha permitido abrir mi horizonte y, aprendiendo de ellos, ir paso a paso buscando mi identidad, aunque creo me queda mucho por aprender y crear.



Sin título (2010).
Óleo sobre lienzo
(138 x 79 cm).



Sin título (2010).
Óleo sobre lienzo.
(79 x 138 cm).

¿Se siente parte de un movimiento o grupo artístico en especial? ¿Por qué escogió como forma de expresión el paisaje pictórico? ¿Acaso esta decisión está directamente relacionada con el hecho de haber nacido en Cabaiguán, un municipio cubano básicamente rural y agrícola?

Hasta ahora no me siento parte de ningún grupo o movimiento y, si es de alguno, será de los que quieren salvar el planeta de los desastres que el mismo hombre provoca.

Nacer y vivir casi toda la vida en Cabaiguán no determinó, pero sí influyó mucho, pues vivir rodeada de tanta belleza en sus campiñas y las montañas de El Escambray fue motivo de inspiración hacia el paisaje. En Cabaiguán hay un fuerte movimiento artístico formado por pintores, escritores, compositores..., además de ser un gran asentamiento de la cultura canaria, lo que me hizo estar siempre vinculada a los eventos culturales de la localidad.

¿Es su obra construida desde la memoria, a partir de la fotografía o resultado de la observación de la propia naturaleza cubana y/o costarricense?

El arte en general, y la pintura en particular, son procesos creativos en los que el artista debe aportar parte de su espiritualidad y de su visión del mundo; por tanto, la utilización de la fotografía puede ser útil,

pero siempre tendrán mayor importancia las vivencias y sensaciones que sentimos al caminar por la selva, al mojarnos con las salpicaduras de una cascada o al extasiarnos con el amanecer o la puesta del sol.

Siempre queda la esencia de lo visto o de lo vivido en lugares como las montañas de El Escambray, el bosque de La Habana o las selvas de Centro América. Es esa admiración por la belleza de la naturaleza y las emociones que ella provoca en mi ser interior, lo que trato de expresar en mi obra.

Como mujer, es una excepción dentro del paisajismo cubano. ¿La condición femenina le ha abierto o cerrado puertas a la hora de realizarse como pintora del paisaje?

Nunca pensé en ser excepción; por el contrario, siempre tuve la esperanza de encontrar alguna mujer interesada en el tema del paisaje. El hecho de ser mujer conllevó ser madre, y muy joven tuve mis hijos, así que debí enfrentarme duro con la responsabilidad de crear una familia y una obra.

Largas faenas nocturnas pasé pintando, aunque por dicha he tenido una gran familia y una madre que casi se convirtió en madre de mis hijos; ella fue clave importante en mi trabajo.

También el hecho de querer estar en contacto directo con la naturaleza me hacía recurrir mucho a todos para tener alguna compañía en mis viajes a lugares de

difícil acceso. Tampoco eso fue obstáculo: pude motivar a mis hijos y a mi esposo para realizar dichas caminatas.

Algunas de las puertas que estaban cerradas las he podido ir abriendo, pero con mucho trabajo y constancia. No me he sentido ni favorecida ni discriminada en el medio artístico ni institucional por ser mujer. Me gustaría que mi trabajo fuera valorado por sí mismo y que pueda apreciarse lo que hay de femenino en él.

*¿Cuáles momentos considera importantes en la evolución de su trabajo?
¿Cuáles son los planes futuros?*

La evolución en mi trabajo ha sido construida con mucha dedicación, paso a paso. En 1998 fui invitada por la galería Hator, en España, a una exposición colectiva, y, luego, se me pidió una muestra personal. Trabajé mucho para esa exposición, que denominé «Verde ultramar». En total tenía 27 piezas y propicié mi primer catálogo personal.

En esa etapa, en España, conocí al maestro Águedo Alonso, quien me ayudó mucho. Por esa época también hice algunas exposiciones en Saint Martin, isla Martinica; luego, en La Habana, en el Teatro Mella y en la galería del Teatro Nacional, una de ellas formando parte de una muestra colectiva colateral a la VII Bienal de La Habana en 2000.

En aquel momento conocí a la directora general de la galería costarricense Valanti, Marta Antillon, quien me propició viajar a Costa Rica. Allí contacté con muchas personalidades del medio artístico y realicé en la Valanti tres exposiciones personales: «Voces del silencio» (2001), «Paisaje como ser» (2003) y la bipersonal «La Naturaleza sensual y los enigmas» (2005), esta última con el artista Gabriel Sánchez.

También en ese país he participado en muestras colectivas como «Enlaces Culturales», durante la II Jornada de la cultura cubana en 2002. Ese año comencé una etapa nueva junto a la galería de Ramón Cernuda. El 4 de junio del 2004 realicé la exposición personal «Landscapes forever», de 27 piezas, en la galería Cernuda Arte en Coral Gables, la cual fue muy bien acogida por la crítica en Miami; además, a ella asistieron varios coleccionistas de mi trabajo. Con esta galería pude participar de 2003 a 2009 en ferias



importantes en Estados Unidos, tales como Art Miami, Arteaméricas, Art Chicago...

En 2008 realicé en la galería La Luz de Mérida la exposición personal «Resurrección», cuyo nombre se debe a una pieza en blanco y negro, idea que retomé para hacer una muestra completa con 10 obras similares, algunas con formatos en cruz, en círculos y un dístico.

Pintar la naturaleza en la monocromía de los grises me hizo desarrollar habilidades en los medios tonos; ver el color sólo como una herramienta. Para mí lo importante en este trabajo fue la propuesta medio ambiental, que siempre ha sido mi propósito. Parte de esas obras fueron presentadas en la Feria internacional de arte contemporáneo Europ'Art Geneve, en Ginebra, Suiza, en 2008.

«Paisaje a la vista», en el Museo de Arte Colonial de La Habana, y una exposición colectiva en el Country Club de San José, Costa Rica, en 2009, fueron las más recientes muestras al público de mis obras.

Los planes inmediatos y futuros están puestos en Cuba. En noviembre, en el Palacio Lombillo, haré una retrospectiva de mi trabajo hasta hoy, y próximamente, en el Memorial José Martí tendré una personal: «Earth o El tercer planeta», que, con 10 piezas de gran formato, está concebida como un llamado más a proteger y a conservar lo que nos va quedando de la naturaleza.

MARÍA GRANT, editora ejecutiva de Opus Habana.

Ania Toledo (Cabaiguán, Sancti Spiritus, 1957). Graduada en 1993 del Centro de Arte de Ciego de Ávila. Trabajó como instructora de artes plásticas durante varios años en Cuba, simultaneando la docencia con su trabajo como pintora. En 1997 se dedica por entero a su labor pictórica. Ha expuesto en Cuba, Costa Rica, España, Estados Unidos y Puerto Rico. Participó en la VII Bienal de La Habana y ha estado presente en las ferias Art Miami, Art Chicago y Arteaméricas.